

sus deseos y actos, así como una sobrevalorización de sus ideas, una creencia en la fuerza mágica de las palabras, y ciertas alteraciones orgánicas, del sueño o preocupaciones hipocondríacas.

Otro punto importante, relacionado con la reestructuración narcisista es el pasaje o transformación del Yo Ideal hacia el Ideal del Yo. En el sentido freudiano (Freud, 1914a), diríamos que se trata de un apartamiento del narcisismo primario que crea al mismo tiempo una intensa tendencia a regresar al mismo: son oscilaciones y progresiones características de este momento de la vida. Se trataría de “matar al niño ideal” (Rodulfo, 2005 pp.159), hacer los duelos por la infancia y acceder a la posibilidad de ingresar al predominio del ideal pero en tanto horizonte abierto de lo que va a ser, o de lo que nunca será del todo. Metapsicológicamente se pasa de una predominancia de la identidad de pensamientos sobre la de percepción.

En el núcleo de esta crisis narcisista está la representación con la muerte (Tubert, 1982). Es esa inmortalidad la que se pretende afirmar a través de los “delirios de grandeza” y las fantasías omnipotentes o mágicas. La imposibilidad de afirmar esta grandeza omnipotente lleva a un sufrimiento narcisista que frecuentemente se expresa en depresiones transitorias. Así el enfrentamiento con la sexualidad y con la muerte se produce de un solo golpe: se renuncia a la bisexualidad, se cuestiona el propio sexo y se acepta la mortalidad.

Es como que el adolescente empieza a percibir que lo que le espera no es la “grandeza” sino tan solo la adultez. Paralelamente a su propio descubrimiento va aceptando que sus padres tan solo son adultos y no seres grandiosos, ello implica una honda y angustiante decepción difícil de perdonar. El ensañamiento que a menudo observamos en la joven contra su madre, tiene que ver con esta dolorosa realidad. La angustia de muerte no está tan vinculada con la desaparición sino con la puesta en cuestión de la posición narcisista, es decir con la aceptación del dolor, la carencia y el pasaje, propios de la condición humana. Esta crisis narcisista afecta también a los padres, quienes tenían un rezago de su narcisismo puesto en el hijo/a. A ellos se les impone también, el reconocimiento del paso del tiempo y de su finitud. Se pone en cuestión una estructura imaginaria que permitía la integridad de la familia para preservarla de la angustia que se deriva de los límites e incertidumbres de la existencia. En palabras de Tubert (1982) diríamos, “Así nos encontramos prisioneros de una paradoja: renunciar a esa imagen primordial es perder las razones para vivir, pero aferrarnos a ella supone condenarnos a no vivir” (pp. 118-119). Luego prosigue: “El niño que cada uno debe matar, simboliza el duelo que hay que hacer y rehacer continuamente, por una representación de plenitud; creo que la estructura adolescente

representa el momento culminante de ese duelo, el enfrentamiento por excelencia con esa paradoja vital” (pp.119).

Por otro lado, esta posición narcisista del adolescente también se refleja en el tipo de elección objetal que efectúa. En un inicio el objeto erótico se escoge conforme a su propia imagen, constituyendo una proyección del *Yo Ideal*. El objeto no es reconocido aún como otro, diferente a sí mismo, sino que representa el propio *Yo Ideal* realizado en el nivel imaginario. Estas pueden ser desde amigas íntimas, parejas homosexuales o elecciones heterosexuales. “La resolución de esta crisis narcisista se produce a través del encuentro con el Otro, es decir, el otro como sujeto simbolizado y por lo tanto diferente a uno, con cuya imagen se va a reconectar la libido” (Tubert, 1982 pp.111). Lo que se pierde en el plano de la satisfacción inmediata y del deseo (asumir la castración) se gana en el plano simbólico del encuentro. “El otro debe ser reconocido como símbolo (como objeto del deseo), para llegar a aceptar *no tenerlo* sino *encontrarlo...*” (pp. 111). Volvemos aquí a los postulados de Benjamin sobre la importancia del reconocimiento del otro como posibilidad de constitución del sí mismo diferenciado. Es a través de la experiencia de mutualidad que se va operando la renuncia a la omnipotencia, el cambio objetal y la reestructuración narcisista. Es decir, se estaría dejando la completud bisexual imaginaria y aceptando la castración simbólica.

La transformación de la autopercepción que este cambio implica se expresa en una intensa angustia y/o a través de distorsiones de la imagen de sí-mismo. Internamente la elección de un otro, es decir un objeto nuevo, implica un cambio de catexis, una sustitución y no un mero desplazamiento. Para que esto se dé es necesario una descatectización en el inconsciente de los objetos incestuosos, denominada “mudanza objetal” (Katan, 1951). Es un proceso tanto intra como intersistémico que permite el abandono de los objetos pre-edípicos y edípicos. No se trata de que externamente las relaciones sean heterosexuales sino que internamente el objeto represente un objeto no incestuoso. El desplazamiento está ligado a la represión mientras que en la sustitución hay algo diferente. Evoca el hundimiento, el sepultamiento (*Untergang*). El incesto no sólo concierne a la madre como objeto sino que concierne al no preservar, no insistir en la matriz madre-niño, verdadero núcleo incestuoso. En este sentido los trabajos de elaboración que se dan durante la adolescencia son decisivos, pues se define si algo va a quedar simplemente en la categoría de lo reprimido (o en categorías peores aún), o si va a sufrir cierto grado de sepultamiento.” (Rodulfo, 2005 pp. 161). En este sentido, la adolescencia cierra un círculo que se inició con la represión originaria, constituyéndose en una operación

fundamental y estructurante. Se pasa de un funcionamiento más cercano a Proceso Primario a uno de Proceso Secundario. Lo que no quiere decir que posteriormente no se den en el *self* procesos de reelaboración permanentemente aludiendo a la circularidad de los procesos psíquicos.

Para apoyar estos cambios internos, externamente se da un pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar, es decir al campo social. La importancia de este pasaje no reside en lo descriptivo de la situación sino en la metamorfosis interna que está desplegándose. Lo extrafamiliar deviene en más importante que lo familiar, el campo social funciona como un espacio transicional que facilita el sepultamiento del Edipo. Al respecto Rodolfo (2004) señala que este pasaje hacia lo extrafamiliar se evidencia en la importancia que el grupo de pares toma para el adolescente. Este espacio social le permite construir una categoría intrapsíquica nueva: *nosotros*. No sólo se trata de un vínculo relacional o conductual sino una inscripción simbólica en el aparato psíquico. Es una categoría que falla en las patologías más graves. Permite volver a replantear la problemática de lo especular. La cuestión de ser reconocido por sus pares e incluso ser admirado por ellos es fundamental y tiene un componente infraestructural: en el *nosotros* hay una dimensión de ser reconocido en la alteridad del otro. De la mirada de la madre que lo completaba narcisísticamente se pasa a la mirada, a los ideales y a los modelos sociales. De alguna manera el grupo cumple la función de espejo que cumplía la madre. Al igual que como lo consideraba Benjamin, el *nosotros* aquí no funciona como una especie de pérdida de la diferencia, un fenómeno de masa, sino que es un reconocimiento de la diferencia en el encuentro del otro como tal. Diferenciarse no sería un proceso que hay que hacer *contra* el otro, tomando distancia de él sino algo que se puede hacer *con* el otro. El *nosotros* tiene que ver con un proceso de diferenciación sin necesidad de oponerse. La diferenciación adolescente no habría que tomarla como oposición o rebeldía sino como búsqueda de afirmación del sí-mismo.

2.4 Procesos de separación y conexión en el vínculo madre-hija

Como hemos mencionado, los cambios en el *self* van facilitando la diferenciación y construcción de la identidad del adolescente. Nos preguntamos cuáles son las particularidades de este proceso en la adolescente mujer y cómo se evidencia en el vínculo con la madre. Tomando los aportes de la perspectiva intersubjetiva según la cual los procesos de separación se facilitarían mediante la identificación y aceptación de la “tensión constante entre reconocer al otro y afirmar el sí-mismo” (Benjamin, 1995, pp. 69) no se buscaría alcanzar una separación sino una autonomía y una conexión. Es decir, se trataría de reconocer las necesidades del otro a la vez

que afirmar las propias. La madre tanto como sujeto y como objeto está allí para ser usada. Se enfatiza una visión circular o de ciclo de la vida. Aplicar el modelo masculino a lo femenino o hablar de Complejo de Edipo femenino es engañoso.

Nuevas interpretaciones se proponen para describir los conflictos en la situación triangular, como lo hacen Holtzman & Kulish (2000a, 2000b y 2003) a partir del trabajo de H.P. Foley (1994) y su lectura del mito de Perséfone y su madre (Homero, 2001), planteándolo como una mejor descripción de lo que sucede en la mujer⁴.

El mito representa bellamente tanto el conflicto como la solución de la joven cuando está haciendo su introducción al mundo de los sentimientos sexuales por el padre. Consideran las autoras que trabajar los temas de separación-individuación pero a la luz de la triangulación edípica como lo permite este mito, facilita representar las distintas lealtades y formaciones de compromiso que se dan en la mujer. Es central en el desarrollo femenino esta separación con conexión considerando que lo que está en juego es el compromiso entre la sexualidad y la inocencia, las lealtades hacia cada uno de los padres y los límites entre la infancia y la adultez.

De manera muy particular el mito describe una defensa que ocurre frecuentemente en la adolescencia femenina: la negación de ser agente de su sexualidad y agresión (la furia y rivalidad tampoco aparecen en Perséfone, sólo en Deméter). Se puede argumentar que ambos impulsos son disfrazados e inhibidos al igual que en la situación triangular femenina. Es de esta manera como Holtzman y Kulish (2000b) insisten en la necesidad de considerar el compromiso defensivo en esta etapa tomando los temas de separación que aparecen en la terapia como relaciones objetales triádicas más que diádicas. Una visión lineal del desarrollo considera los temas de separación como conflictos relacionales primarios y no como parte de las pasiones edípicas. De esta manera no se facilita el mostrar la dificultad que suelen tener las adolescentes para asumir que la sexualidad les pertenece a ellas y no a sus

⁴ El mito cuenta la historia de Kore (Perséfone) hija de Deméter y Zeus quien recogiendo flores de la pradera con otras jovencitas se aleja de su madre para arrancar un narciso particularmente bello que había llamado su atención. Repentinamente la tierra se abrió y Hades, dios de la Muerte y del Submundo la raptó. Cuando Kore vuelve a aparecer en el Himno Homérico, ella está con Hades en el Submundo, y ha tomado el nombre de Perséfone. Mientras tanto Deméter ha descendido del Olimpo para buscar a su hija frenéticamente en la tierra. En su furia y dolor, causa hambruna y sequía sobre la tierra. En respuesta a esta catástrofe, Zeus persuade a Hades para que libere a Perséfone. Sin embargo Hades engaña a Perséfone convenciéndola que coma una semilla de granada, quebrando el mandato de no comer en el Submundo. Ahora Perséfone está atada a Hades. Para resolver este conflicto se elabora un compromiso entre los dioses por el cual Perséfone pasaría un tercio del año con Hades y el resto con su madre. Este compromiso es la antigua explicación del origen de las estaciones. El invierno domina cuando Perséfone está lejos de su madre y cuando regresa es primavera y verano, la tierra florece (Holtzman & Kulish, 2003).

madres. “La joven necesita voltear donde la madre, pedirle permiso, guía y apoyo, a pesar que “volverse su madre” es mirado con ambivalencia” (Bernstein, 2004, pp. 615) La adolescente no estaría buscando cómo ser femenina sino como no ser su madre. La pasión y sexualidad suele estar relegada a una parte secreta del *self*. Para manejarlo tienden a compartimentalizar las representaciones intrapsíquicas en un *self* sexual y otro no sexual. Esta compartimentalización primaria es defensiva y se da para mantener el lazo con la madre mientras que se ingresa a una relación erotizada con el padre. Las autoras indican que la compartimentalización psíquica es una típica ocurrencia del desarrollo de las jóvenes y tiene un significado adaptativo. Los distintos temores ante la pérdida y separación se expresan entretejidos con la unión, no pudiéndose separar artificialmente. El temor a la pérdida del objeto y de su amor usualmente es adjudicado a una etapa pre-edípica, mientras que temor a la castración se considera como edípico. Esta articulación es una diferencia de género importante y se da en las niñas ya que el objeto de deseo y el objeto de cuidado primario coinciden: tiene que separarse y desea juntarse. Podemos esperar una continua revisitación, reexaminación y resintetización de las representaciones *self-con-la-madre* y del *self-versus-la-madre*. Así se va elaborando visiones cada vez más sofisticadas de uno mismo en relación a otros y distinto de otros.

Por su parte, Paula Bernstein (2004), tomando las sugerencias de Holzman y Kulish busca ampliar el tema de la circularidad en el desarrollo para lo cual se basa en los aportes de los investigadores del desarrollo como Daniel Stern. El paradigma de estos investigadores (Stern, 1985) establece que el individuo desde el nacimiento construye activamente el mundo representacional de su *self* y de los otros a partir de las interacciones que establece inicialmente con sus cuidadores primarios y luego con el mundo más amplio. El desarrollo sería interactivo y relacional. Se buscaría una autonomía con conexión. Sería un proceso abierto que continúa a lo largo de toda la vida y en el que las identificaciones con ambos padres están integradas con la sensación de un *self* genérico establecido a partir del sexo asignado.

Stern (1985) llamó la atención sobre el salto cuantitativo que se da entre los 6-9 meses cuando el bebé descubre que tiene una mente y que los demás tienen mentes que están separadas pero que pueden ser comparadas. Hasta ese momento el cuidador había atendido las funciones de auto-regulación, pero aquí es el bebé quien empieza a estar alerta a la empatía entre él y su cuidador, es decir al puente entre su mente y la mente de su madre. Así, el niño se da cuenta que puede influir en el otro y además dirige su rabia y su frustración hacia ese objeto. Desde Stern se asume que la negociación de significados con un otro altamente investido – un proceso semejante

al que rige la terapia analítica – comienza en el primer año de vida. El niño se apoyará en estas señales de su madre para manifestar su propia intensión y para aprender cuando una conducta es segura y autorizada por la madre, así como la forma de escabullirse y esconderse para lograr lo que quiere. La simbiosis, como la postuló Mahler, se daría cuando ha habido una falla en este proceso de construcción del *self*. De esta manera, nos dice Bernstein, “es más útil reconocer que la cercanía fundamental entre madre e hija es multidimensional, de crecimiento del *self* y litigosa desde el principio” (Bernstein, 2004, pp. 608). Este lazo temprano incluye intercomunicaciones primitivas somáticas y afectivas pre-verbales, que son rápidamente elaboradas en representaciones del *self*, del Otro y del *self-con-el-otro*.

Trabajar la transferencia materna, implicará entonces tomar en cuenta esta forma de comunicación y de relación. La ambivalencia hacia la figura materna aparece desde muy temprano y está anclada en esa porción de voluntad de la niña hacia alguien que siente con un intenso poder de frustrarla. Más que temer la fusión, la niña temería ser sobrepasada por el poder de la madre y por la dolorosa agresión que surge en ambas cuando las dos están molestas. La niña buscará la reconciliación más que la unión y aprenderá a negociar sus deseos en el contexto de facilitaciones y restricciones que la guía de su madre le ofrece. El desarrollo de una confianza normal no sería tanto hacia la separación como esperaba Freud (1925) sino hacia la autonomía con conexión. Este sentimiento de conexión no es regresivo sino que es esencial para la formación del Super-Yo y el sentimiento de manejo, que sostiene la autonomía.

2.5 Preocupación y concern por la agresión hacia la madre

El manejo de los impulsos, especialmente la agresión, que siente la niña por las frustraciones ante el control del objeto, va lográndose gradualmente. Contraponiéndose a la afirmación freudiana sobre las mujeres con un Super-Yo más débil, los observadores de infantes muestran que las raíces de la moralidad surgen de estas comunicaciones interpersonales que se dan desde un inicio entre el bebé y su cuidador (Bernstein, 2004). Dichas negociaciones ayudan tanto a una autorregulación interna, como a tener pautas de conductas y a promover una imaginación creativa compartida. Si bien este proceso se da en ambos sexos, las mujeres tienden a ser más sintonizadas socialmente y más involucradas con sus madres. Les preocupa su aprobación antes que el hecho de explorar el mundo. Cambian rápidamente hacia la fase de re-acercamiento (1½ años) hacia la madre aumentando su ansiedad, negativismo e intentos de controlarla. Muestran conductas de querer fusionarse con ella a la vez que la urgencia por separarse. La batalla parece ser más por quién tiene

el control sobre la autonomía de la madre (alejamientos, idas y venidas). Luchan contra la agresión que esto les genera hacia su madre, más que por la diferencia anatómica. El conflicto es de amor y odio hacia un otro muy necesitado. Estas luchas del *self*-con-la madre y el *self*-versus.-la-madre dan origen a las más tempranas imágenes del Super Yo.

A través de formaciones reactivas la niña trata de ser buena, limpia, perfecta y no hostil ni sexual. Si estas luchas contra la madre son muy intensas se establece un vínculo ambivalente que sesga el desarrollo y deja a la niña en un estado de dependencia hostil. Cuando la madre es odiada, la niña puede odiar su propia feminidad. Si la madre es una persona severamente perturbada, muy narcisista, abusiva o psicótica, la lucha con ella pueden llevar a distintos resultados, algunos patológicos y otros sobreadaptativos. Por esta razón, Bernstein enfatiza que en las distintas etapas de cambio debe ser repensado e integrado la idea del *self*-con-el-otro y *self*-versus-el-otro aunque aparezcan como una unidad armónica o sólo como una relación antagónica. A medida que el trabajo avanza aparece la preocupación por sí misma y por la madre. Por lo tanto, sería un trabajo progresivo más que regresivo llevando a una sensación de autonomía y conexión.

En la adolescencia estas formaciones reactivas también aparecen pudiendo así preservar por un lado la cercanía con la madre y por otro esconder la agresión o rivalidad contra ella mientras mantiene las fantasías sexuales edípicas. Es fácil observar como el amor, odio, envidia y competencia entre madre e hija suele alcanzar mayor intensidad durante la pubertad y especialmente con la aparición de la menarquia (Bernstein, 2004), cuando además la madre probablemente se acerca a la menopausia. Es decir, en cada hito del desarrollo madre e hija lucharán nuevamente con la agresión y sexualidad, la rivalidad y los celos. Estos temas pueden ser entendidos como recíprocos y necesarios para crecer.

Tomando los aportes de teóricas feministas, P. Bernstein (2004) considera como característica del desarrollo femenino el tratarse de una “relación de diferenciación”. Señala que si bien Chodorow (1978) considera que las posibilidades para la total auto-realización están comprometidas precisamente por haber sido criadas por sus madres, Gilligan (1982) ve en la naturaleza femenina su fuerza. De esta manera no coincidirían con Freud en la debilidad moral de la mujer. Más bien lo que señalan las representantes de esta línea de pensamiento es que no se trataría de un Super-Yo más débil sino con contenidos distintos. En tanto que la amenaza de castración no es lo central, el núcleo del problema es la individualización frente a la madre. La joven siente que debe monitorear la lucha sin fin por la ambivalencia que

experimenta y que resurge en cada hito del desarrollo, reviviendo ansiedades y culpas por su propia agresión y por el temor a la pérdida del vínculo. La necesidad de la mujer por el amor de su madre se incrementa por la responsabilidad que desarrolla frente a su introyecto materno. Incluso señala Bernstein, que como postula Tyson (1994, en Bernstein, 2004) no debe considerarse la presencia de temas diádicos como indicador de patología severa, sino más bien el funcionamiento del Yo y del Super-Yo. Es decir la capacidad de auto-responsabilidad y preocupación por el otro sería la marca de la estructura neurótica.

2.6 Mutualidad

Por otro lado, es importante considerar lo que sucede en la mente de la madre en estos momentos de separación. Así como es inadecuado infantilizar los temores de la hija por la separación y pérdida, también puede serlo el patologizar las identificaciones conscientes e inconscientes de la madre para con su hija (Bernstein, 2004). Como mencionamos en el capítulo anterior, las experiencias más tempranas madre-bebé están asociadas con una matriz corporal compartida, bien sea que se la denomine *Jorá Semiótica* (Kristeva, 1980), *Experiencias de interioridad* (Irigaray, 1997) o *Matriz sensorial-afectiva* (Alizade, 1991, 1992, 1999), en todos los casos se alude a esos primeros intercambios cuerpo a cuerpo base de la subjetividad y a partir de los cuales se construyen las representaciones básicas que le atribuyen significado a la experiencia.

Es por lo tanto entendible que la experiencia de la madre sobre su hija como un igual influya desde el nacimiento las características de esta relación. No habría otra manera para que esta unión se dé y para la necesaria respuesta empática de parte de la madre. Incluso D. Bernstein llega a señalar que “en el cuerpo de la bebé una madre puede ver el propio pasado de su *self*, ese cuerpo le es conocido y familiar y puede tener una total identificación con él” (Bernstein, 2004). Asimismo, la femineidad en común es transmitida por la madre a la niña en mensajes conscientes e inconscientes, impregnándola desde su nacimiento.

De esta manera los temas de separación y pérdida serán especialmente sensibles – ya mencionamos como Kristeva (1980) llega a considerarlo una violenta *abyección* de aspectos de dependencia - y que tenderá a repetirse en cada cambio del desarrollo. En el embarazo, nacimiento, menarquía, matrimonio, menopausia, envejecimiento y muerte, la “mujer se compara con su madre, a menudo rivalizando, otras con elevada empatía. Se identifica con ella a pesar que ve también diferencias

que la delinear como una mujer propia” (Bernstein, 2004, pp. 617). Esta unidad con su madre la sostiene y la organiza para luego volver a separarse.

En este punto puede ser relevante retomar los aportes de Benjamin (1995) en relación a la experiencia de mutualidad ya que nos permite considerar no sólo la angustia de separación (el otro como objeto) que suele manifestarse en las situaciones de separación, sino el reconocimiento del otro como aspecto central (el otro como sujeto). Esta visión nos abre la posibilidad de mirar las experiencias de separación desde el ángulo de la mutualidad más que de complementariedad, en tanto que enfrenta al niño no solo con la separación sino con las metas independientes del otro. Lo que ha descubierto la investigación sobre la interacción madre-hijo acerca de la reciprocidad temprana y la influencia mutua (Stern, 1985) se puede conceptualizar de mejor manera como el desarrollo de la capacidad para el reconocimiento mutuo.

Por razones análogas, la situación también puede resultar conflictiva para la madre: las necesidades del niño o la niña son sentidas como expresión de una voluntad independiente. Esto representa un golpe al narcisismo materno y cierta desilusión, ya que el niño es un ser diferente al de su fantasía. Por su parte, ella también tiene que abandonar la fantasía de que es perfecta para su hijo. Tiene que aceptar que al contrariar a su hijo en su omnipotencia, lo está ayudando a avanzar en el camino del reconocimiento. Es la madre quien facilita algo más que la tolerancia a la frustración o la constancia del objeto. Ayuda al niño a tener una primera idea de que ella es una persona por derecho propio. Si no establece para el niño una frontera clara o respeta las intenciones y deseos del niño es probable que la madre no aparezca como persona sino como figura todopoderosa, capaz de un control omnipotente, o bien como una figura cuya debilidad absorbe y ahoga. No se trata de descartar la fantasía, el juego o el narcisismo del bebé, sino de reconocer la necesidad de lucha. Así, se amplía la idea de constancia objetal, ya que la madre sería alguien no sólo que sobrevive al ataque agresivo sino que es independiente. De esta manera, el niño obtiene su propia independencia y el placer de la comprensión compartida. La estructura complementaria en la relación madre-hijo no resuelve la omnipotencia, sino que la pasa de uno al otro, se invierten los roles pero no se modifican. La salida es su desmantelamiento; el poder ya no es ya transferido sino disuelto en la mutualidad.

De esta manera – considera Benjamin - se da entre la madre y el niño la creación de un espacio que contiene simbólicamente los sentimientos negativos, de modo que ya no es necesario proyectarlos sobre el objeto, ni volverlos contra sí-mismo (“yo soy destructivo”). La relación puede alternar entre la complementariedad de ser activo y pasivo y la simetría de la identificación recíproca, la mutualidad. Es decir, este

espacio simbólico promueve la dimensión intersubjetiva, concomitante de la comprensión mutua. En el sentido de Winnicott diríamos que se trata de la creación de un espacio de juego *entre* la madre y el niño, posibilitando el desarrollo de las capacidades intrapsíquicas creativas y ya no destructivas. Es este espacio de intercambio creativo o transicional el que deberá recrearse en el espacio analítico con nuestras adolescentes.

2.7 *El amor erótico de la joven por su madre y por su padre*

Fue Freud quien reconoció la bi-temporalidad del desarrollo sexual necesaria para la producción y conservación de la cultura (Freud, 1905) En este sentido, si el desarrollo sexual llegara a su término con la fase edípica infantil, significaría que solamente la experiencia de los primeros años sería decisiva para la vida en sociedad (Rother, 2006). Sin embargo la irrupción de lo puberal flexibiliza las estructuras psíquicas previamente consolidadas en el seno de la familia y genera los presupuestos para una reestructuración de la subjetividad, no restringida exclusivamente a los mandatos parentales. Como hemos mencionado, la adolescencia da una oportunidad para revisar las soluciones que se hallaron en la infancia. Es en este sentido que su proceso proporciona un aporte fundamental a la reedición de la dinámica del Complejo de Edipo.

El rebrotamiento de los deseos eróticos de la joven hacia su padre aparece en fantasías que suelen mantenerse inconscientes, o en silencio y en secreto (Dahl, 1989). En lo manifiesto suelen surgir conductas y fantasías (cuentos, mitos, películas) que parecen estar asociadas con la idea de la *madre bruja* (Dahl, 1989). Si bien son fantasías muy comunes entre las jovencitas, se trata de una expresión de atracción erótica hacia la madre ligada al desarrollo sexual. La "*bruja*", fascinante y terrorífica está asociada con los aspectos hostiles y tenaces de la hija proyectados en la madre. Si bien estos aspectos del vínculo muestran las dificultades de la hija para desprenderse, pueden ser mejor entendidos si se los considera como parte de la configuración edípica. Se trataría - entonces - de fantasías que incluyen el anhelo secreto de excitación por la madre y por su cuerpo. Fantasías que la joven experimenta como en una situación de riesgo, ya que teme ser dejada por su madre por distintos motivos: búsqueda de su propio placer, proyección en la madre de diversos aspectos de su amor que la llevan a verla como envidiosa, hostil, celosa y posesiva, experiencia de la madre como malignamente destructora de sus esfuerzos por obtener placer genital de un objeto erótico ligado a un hombre, oscilación entre el deseo de ser la pareja erótica de la madre y el rechazarla totalmente.

(1980, 1987) y Benjamin (1995) entre otros, como ya lo hemos mencionado (capítulo I).

Podemos imaginar cómo este privilegio del *cuidado maternal primario* trajo consigo también modificaciones considerables en la técnica y en la visión del proceso terapéutico (Raphael-Leff, 1997). Estas enfatizan tanto la separación y los límites (freudianos contemporáneos), como la relevancia de lo intrapsíquico (kleinianos), o bien la preponderancia del intercambio relacional bi-direccional (independientes)

Los efectos del género del analista en la transferencia

Nuestro trabajo como psicoanalistas implica estar constantemente en contacto con las dificultades inherentes a la expresión de las fantasías inconscientes y de las representaciones del *self* y del deseo. Por lo tanto, también prestamos atención a las metáforas culturales y a las implicancias tácitas sobre la psique y el soma que moldean y sesgan sus posibles significados. Es en este sentido que Raphael-Leff (1997) subraya la influencia que ejerce sobre el analista la idiosincrasia particular de cada paciente que se manifiesta en su manera de presentarse, su tono de voz, sus silencios, sus particulares connotaciones semánticas tanto como sus comunicaciones no-verbales, sus representaciones sobre la sexualidad, su cuerpo y su género. De otro lado, el analista es también un ser delineado culturalmente, sesgado por su inconsciente e imposibilitado de alcanzar una total neutralidad ideal y aséptica. De allí que esta autora termine preguntándose si se puede considerar al analista “tan solo un médium o un participante sexuado” (pp.9).

Asimismo, el planteamiento técnico freudiano sobre la centralidad de la *asociación libre*, de parte del paciente y su contraparte en el analista, *la atención libre y flotante*, establece con su vinculación que la experiencia analítica se basa en una *relación* en la que el intercambio está marcado por una ambigua simetría: en el paciente la transferencia y en el analista la contratransferencia (Raphael-Leff, 1997). Es decir ambos sujetos están expuestos a sus propios inconscientes, pero es el manejo de la contratransferencia por parte del analista la herramienta de mayor utilidad en el análisis. Incluso podemos decir que el entendimiento de ésta se ha vuelto para muchos analistas el área principal de trabajo desde la cual se deriva la comprensión de los estados afectivos en la sesión (Perelberg, 1997). Este giro ha marcado un cambio en términos del énfasis puesto en la cualidad emocional de la experiencia.

De manera similar, la idea de que la situación analítica reproduce el *vínculo primitivo* madre-infante ha sido trabajada por diversos autores, sea resaltando la

importancia de lo empático (Kohut, 1971), del reflejo (Winnicott, 1958), de lo facilitador (Mahler, 1975), la contención (Bion, 1967), la capacidad de mentalización (Fonagy, 1966a, 1996b), etcétera. De distintas maneras se da cuenta de la función del ambiente materno re-actualizado en la situación analítica. Es decir, se ha ido enfatizando la conexión entre desarrollo afectivo primario y relaciones objetales (Perelberg, 1997). Para Raphael-Leff, no debe sorprendernos entonces, que los temas de género tiendan a aparecer en primer plano en aquellos que trabajan con un marco teórico de Relaciones Objetales, ya que le otorgan prioridad al intercambio intersubjetivo y a los procesos dialécticos originados en el encuentro íntimo entre individuos sexuados.

Para los objetivos de nuestro trabajo, nos interesa investigar la especificidad de la relación terapéutica entre una analista mujer y una joven adolescente. Si bien recientemente en las investigaciones hay una cierta incidencia en los temas de género en el vínculo terapéutico, mayormente están focalizados en pacientes con dificultades de identidad de género⁷. Sin embargo, analistas como Mc Dougall en 1986 y Bernstein en 1984 y 1991 (citadas por Raphael-Leff, 1997) han llegado a puntualizar ciertas tendencias en la contratransferencia en el vínculo analítico entre mujeres (no refiriéndose específicamente a adolescentes). Ellas mencionan la sobreidentificación y la sobreprotección maternal, así como también la defensa de la analista contra la homosexualidad, la transferencia paterna, la competitividad y la regresión prolongada. Adicionalmente se señala la tendencia a la inhibición del material sexual y la presencia de puntos ciegos en relación con la cercanía/distancia con el objeto materno y la sexualización en la transferencia. En esta misma línea se mencionan los aportes que Chodorow realizara en 1989 (citada por Rafael-Leff, 1997) sobre las reverberaciones en el *self*⁸ las cuales estarían también perfiladas culturalmente. De esta manera considera que tradicionalmente las analistas han tendido a escindir las interpretaciones de género en públicas/teóricas por un lado y domésticas/personales por otro. Otro modo de escisión habría sido el enfatizar tres caras de la feminidad: maternidad, erotismo y desarrollo intelectual/profesional. Podemos ver cómo estos tres aspectos de la feminidad son puestos sobre relieve en las defensas/resistencias mencionadas que suelen aparecer en la contratransferencia en este vínculo dual. La sobreidentificación y sobreprotección como expresión del énfasis en los aspectos maternos; la negación del erotismo como manifestación de las dificultades frente al manejo del Edipo Negativo y la tendencia a la sobrevaloración de lo

⁷ Estamos entendiendo "Cross-Gender Issues" como "Dificultades de Identidad de Género"

⁸ Estamos entendiendo "self-reflection" como "reverberaciones en el Self" (Op. Cit. pp.10)

intelectual/profesional como posible negación de aspectos de competencia y rivalidad en el vínculo entre mujeres.

En las últimas décadas se han realizado distintos estudios que son la expresión de esfuerzos en el interior del pensamiento psicoanalítico por trabajar el tema anteriormente mencionado. Algunos de ellos presentan casos clínicos en los que observamos la reiteración de cuestionamientos en relación con el vínculo entre una analista mujer y una paciente mujer, en esta oportunidad algunos casos sí se refieren a mujeres adolescentes. En ellos son una constante la evocación de la transferencia materna primitiva y la tendencia a regresiones profundas. Así por ejemplo Raphael-Leff (1997) muestra como las analistas experimentan *resonancias contratransferenciales* que brotan de un sensorio corporal común, de imágenes primarias compartidas, así como también representaciones psicosexuales polifonas entretreídas o contradictorias (pp10). Estas coincidencias nos hacen recordar los aportes ya mencionados de Kristeva (1980), Irigaray (1997) y Alizade (1991, 1992 y 1999) sobre la *matriz corporal* compartida en las experiencias más tempranas madre-bebé y los primeros intercambios cuerpo a cuerpo como base de la subjetividad y a partir de las cuales se construyen las primeras representaciones que le atribuyen significado a la experiencia. Serían entonces, estas conceptualizaciones teóricas las que vemos aparecer en el ámbito transferencial-contratransferencial.

Si bien una de las hipótesis principales de Perelberg (1997) es que la relación terapéutica entre paciente/analista mujer puede ayudar a la re-actualización de los aspectos de la relación temprana entre la madre y el infante, sin embargo, nos advierte que no debemos pretender que se trata de una “replicación” en el sentido de un presente isomórfico con el pasado, en tanto que con el tiempo se dan cambios en el significado y las funciones de los conflictos a partir de las experiencias que van viviéndose.

Lo que han considerado estos distintos trabajos es que el análisis de una paciente con una analista mujer si bien facilita una identificación con la imago materna primitiva y puede explorarse más vívidamente en la transferencia, también su intensidad puede llevar a impasses ya que el “como-si” necesario para la alianza terapéutica se pierde y la paciente tiende a vivirlo como una fusión real con la madre (Perelberg, 1997). Coincidiendo con esta apreciación Kulish y Holtzman (2003) mencionan tanto una serie de efectos benéficos de esta díada pero también incluyen aspectos negativos que pueden presentarse. Subrayan la importancia de reconsiderar los cambios actuales en la manera de entender el desarrollo femenino y sobre todo los temas de *separación*. Como en otros artículos (Kulish & Holtzman 2000, 2003), estas

autoras vuelven a insistir en la importancia de considerar los temas de separación madre-hija a la luz de la triangulación edípica, tomando en cuenta que considerarlos exclusivamente como pre-edípicos los transforma en un punto ciego en el vínculo perdiéndose efectividad en el *insight* y el cambio. Señalan también que volver a trabajar estos temas puede oscurecer otros, como son la tendencia en las analistas mujeres a olvidar o malinterpretar la transferencia edípica y/o paternal. De otro lado, tienden a responder defensivamente a la competencia y a la envidia hacia su paciente mujer y se resisten a ser vistas como rivales edípicas maternas. Frecuentemente se vuelven demasiado fusionadas o sobre-identificadas con sus pacientes; se vuelven “muy maternas”. Otra “trampa” que suele presentarse es cuando paciente y analista se coluden en idealizar la “transferencia materna buena”, generalmente erotizada. La imagen de la “madre mala” es escindida y desplazada sobre una persona fuera del consultorio, sea hombre o mujer (generalmente el esposo o la pareja).

Como lo menciona D. Bernstein en 1991 (citado en Kulish y Holtzman, 2003) entre los peligros en esta diada mujer-mujer en el análisis está la fantasía de “*nosotras lo vamos a hacer mejor*” (pp.566). Así la analista puede terminar forzando una poderosa regresión presumiblemente al servicio del desarrollo, cuando en realidad se trata de una resistencia. El insistir en lo “mala” que fue la madre original puede estar escondiendo la amenaza de sentimientos eróticos y amorosos hacia la madre que tanto paciente como analista temen. Distintos autores mencionan que Mc. Dougall en 1986 (Kulish y Holtzman; 2003; Raphael-Leff, 1997) es una de las pocas analistas que da un ejemplo de este tema describiendo su contratransferencia como una “*sordera*” (Kulish y Holtzman; op cit. pp. 567) hacia los elementos homosexuales revividos en la transferencia del Edipo negativo.

Como ya hemos mencionado (capítulo II) se considera que esta transferencia frecuentemente enmascara los sentimientos eróticos con el padre que suelen aparecer en la fantasía de la *madre bruja* (Dahl, 1989). Se entiende esta fantasía como expresión de deseos edípicos que incluyen aspectos secretos tanto de excitación hacia la madre y su cuerpo como de proyección de los aspectos hostiles y envidiosos. La madre es experimentada como maligna y peligrosamente destructiva si descubre su elección objetal erótica con un hombre, representante del padre.

En general existe mucha bibliografía (Kulish y Holtzman, 2003) explicando la tendencia a dirigir/instruir a las pacientes, poniendo en peligro la posibilidad analítica y actuando en función de una agenda personal y valores propios. La dificultad estriba en *darle permiso* - explícita o implícitamente - a la paciente para competir, ganar, y disfrutar (Person, 1983). Este aspecto también fue subrayado por Rodolfo (2004) en

relación con el rol de los padres como acompañantes de los caminos paradójicos de sus hijos adolescentes y que por extensión creemos importante considerarlo en la técnica con adolescentes. Asimismo, consideramos que el trabajo de la analista con la adolescente sería darse cuenta si esta competencia está al servicio del desarrollo de su independencia y diferenciación y por lo tanto permitirle en el vínculo, o si se trata de una repetición de aspectos regresivos al servicio de la resistencia frente a temas de triangulación edípica. Se trataría de poder diferenciar qué rol está siendo “obligada” la analista a jugar en la transferencia, bien sea como madre/padre analítico. Asimismo, se menciona como riesgo de la diada mujer-mujer en el vínculo analítico la sobreidentificación con la paciente, proyectando la hostilidad o el resentimiento en un personaje exterior, en vez de analizarla. Es interesante considerar la observación de Bernardez en 1987 (citado en Kulish y Holtzman, 2003) sobre los estereotipos compartidos y los roles sociales sobre el género que operan silenciosamente e influyen generando actitudes inconsciente y prejuicios en las analistas hacia sus pacientes. Los denomina “contratransferencia cultural” y considera que si bien estrictamente hablando pueden no ser clasificados como contratransferencia sí influyen poderosamente en el proceso y son importantes de examinar.

La clínica que estudia estos aspectos de la subjetividad del analista y su género, considera que en el caso de las analistas mujeres con pacientes mujeres suelen describirse más transferencias correspondientes con temas de oralidad temprana y menos frecuentemente reconocen material edípico, como sí lo hacen los hombres. Estos suelen ser más sensibles a temas de competitividad edípica, especialmente con pacientes hombres. El objetivo en estos casos, sería poder aceptar el deseo de el/la paciente sin seducción ni prohibición.

3.3 La relación terapéutica analista mujer/adolescente mujer

Es sumamente interesante la propuesta de Ogden de 1987 (en Burch, 1996) sobre la *relación edípica transicional* en el desarrollo femenino y que Burch (1996) toma para sugerir una ruta alternativa que no represente una posición regresiva frente al trabajo de la homosexualidad femenina. Ogden sugiere que la hija emerge de una relación diádica hacia una triádica que incluye un otro, a través del uso de la madre como *objeto transicional*, como *Otro potencial*. Manteniendo la comprensión Winnicottiana sobre la naturaleza paradójica del desarrollo, visualiza la relación madre-hija como una en la que ambas están participando de dos relaciones simultáneas: el vínculo antiguo que perdura mientras uno nuevo, más diferenciado aparece. La madre y la hija tienen una especie de romance “como-sí”, es decir una transición lúdica hacia un tercero, con la madre convirtiéndose en un sustituto de aquel otro que

eventualmente reclamará el amor de su hija. Para Ogden *no hay ningún factor que señale una fijación del género del tercero* (pp.476). Es decir, la madre, o la analista en este caso, podrán servir como transición hacia cualquier otro vínculo, mujeres y hombres. El éxito de la analista mujer en jugar su rol femenino dependerá de su facilidad para intercambiar identificaciones de femenino a masculino, si es que quiere ser mediadora en la heterosexualidad de su paciente, al igual que lo fue la madre. Es decir, debe estar cómoda y permitirse el “*interjuego dialéctico*” entre sus identidades (pp.477). Desde esta visión la identidad de género es asumida de manera más fluida y variada que lo que tradicionalmente se reconoce, dejando de patologizar la variación en la expresión del género y de fomentar una rigidez en las identificaciones. Estas tan solo llevan a polarizaciones en el rol de género o al reforzamiento de estructuras defensivas y falsas.

3.4 La imagen del cuerpo sexuado de la adolescente en el vínculo terapéutico

Uno de los temas que más hemos abordado en relación con el desarrollo adolescente es el de la adquisición de la imagen de un cuerpo sexuado y sus implicancias en la construcción del *self*. De manera especial nos interesa discutir cómo se presenta este cambio en el vínculo terapéutico y especialmente sus manifestaciones en la transferencia edípica.

Al respecto M.E. Laufer (1997) da una serie de recomendaciones muy puntuales respecto a la técnica. Considera que el/la adolescente está demasiado preocupado por una angustia presente, relacionada con los cambios recientes de su cuerpo. Más que preocuparle su pasado infantil le interesa manejar este nuevo cuerpo, esta nueva imagen. Esta imagen corporal sexual y sus distorsiones se expresarán en las relaciones objetales presentes. Por ejemplo, mostrará una ausencia de relaciones sexuales o tal vez, una presencia de relaciones perversas, etc. El análisis deberá permitirle revivir en la transferencia la crisis que tuvo lugar en la pubertad al enfrentarse al cambio corporal. La función de reconstrucción analítica será la de poner a el/la joven en contacto con sus afectos ante estos cambios y a través de la transferencia/contratransferencia ayudarlo a comprender qué ocurrió en esa crisis y por qué tomó esa forma determinada. La transferencia le permitirá reconstruir la fantasía nuclear adolescente y activarla en su vida sexual.

Podemos imaginar la resonancia contratransferencial que se vivirá en el vínculo dual mujer-mujer con una paciente adolescente, al estar presente tanto ese “sensorio corporal común”, propio del vínculo pre-edípico y a la vez toda la intensidad de la erotización edípica propia de la relación con la madre. Es por este motivo que Person

(1985) nos advierte que estos aspectos en la transferencia suelen presentarse más bien como rivalidad y proyección de los aspectos eróticos fuera de la terapia. Asimismo, señala que en algunos casos las pacientes manifiestan que buscan un *modelo de rol* en su analista. Explícitamente buscan una mujer competente y fuerte con la cual identificarse positivamente. Satisfacer esta demanda implicaría una cura transferencial que dejaría sin analizar elementos más complejos de su identidad. Se pregunta Person por qué tendría la analista que cumplir ese rol y sugiere que más bien se trataría de ayudar a la paciente a buscar sus modelos identificatorios en la realidad externa a través de la desidealización de la imagen que le adjudica a la analista y la elaboración de los temas de competencia, envidia, rivalidad y homosexualidad. La dificultad en re-actualizar estos afectos en el vínculo estriba en que en el caso de esta diada el mismo objeto de gratificación y nutrición es el objeto de odio y competencia. Como hemos mencionado (pp.35), el ingrediente activo no sólo sería la identificación sino el *permiso* que le da la terapeuta para revivir el rechazo materno en la transferencia.

Por otro lado, es también importante mencionar cómo la lucha por alejarse y separarse de sus madres, aspecto nuclear de este vínculo, incluye síntomas corporales (anorexias, colitis ulcerosas, vértigo, asma, eczemas o estados de ansiedad como insomnio y molestias gástricas). Al respecto Perelberg (1997) subraya que estos síntomas representan un intento de tener un cuerpo y un sentido del *self* separado de sus madres. Es decir, mostrarían un aspecto de la relación con ella que no ha sido adecuadamente internalizado: la madre como protectora contra las propias fantasías destructivas del infante. Para esta autora, estos síntomas representarían una solución frente al conflicto entre el “anhelo por” y el “temor a” la fusión con la madre. Serían intentos de atacar pensamientos, sentimientos y deseos, que por definición ocurren en la mente a través del cuerpo. Ya hemos mencionado la importancia del vínculo temprano con la madre (Alizade, 1991, 1992, 1999; Breen, 1983; Irigaray, 1997; Kristeva, 1980), su relevancia como primer objeto narcisístico y fundador del amor por el propio cuerpo y por la autoimagen que se vivencia en la relación de espejo con ella.

La importancia del aporte de M. E. Laufer (1997) radica en destacar cómo la identificación con el cuerpo de la madre durante la infancia funda la futura relación consigo misma como mujer sexual. Será aquello que debe ser revivido en la transferencia con la adolescente para permitirle reconstruir su fantasía nuclear adolescente y activarla en su vida sexual.

Si bien muchos analistas como Glover, Greenacre y Chasseguet-Smirguel, entre otros (Perelberg, 1997) consideran que el sexo del analista no tiene mayor influencia en el desarrollo del análisis, ya que la bisexualidad debe ser posible en la situación transferencial (tanto la feminidad como la masculinidad del analista) para la expresión de la sexualidad del paciente, desde Freud (1920) se ha señalado que el género del analista tiene relevancia.

Al respecto Kulish (1984, citado en Perelberg, 1997) ha señalado que aislar un aspecto como el sexo del analista, de un fenómeno complejo multideterminado como la transferencia es correr un riesgo de distorsión y superficialidad (pp.26). De igual manera, Perelberg (1997) sostiene la importancia de diferenciar si se trata de un proceso “activo” de parte del analista o de algo inconsciente, ligado a representaciones del género que residen preformadas en la mente de cada analista y que inevitablemente colorean nuestra visión de los pacientes. Asimismo, se considera que el sexo de la analista puede afectar la “secuencia” de la emergencia del material, siendo las analistas mujeres más predispuestas al material pre-edípico en la transferencia. Esta autora prefiere considerar que la presencia de una analista mujer facilita la fantasía denominada por Chasseguet-Smirguel en 1986: “complejo edípico arcaico”. Es decir, ese universo sensorial sin límites claros, representado por la interioridad de la madre, hacia el que uno tiene acceso libre. Se alude a la repetición en la transferencia de los primeros intercambios cuerpo a cuerpo con la madre base de la construcción de la subjetividad (Alizade, 1999, 1992,1991; Irigaray, 1997; Kristeva, 1980).

3.5 Del continente materno al espacio compartido

Llegado a este punto quisiéramos desarrollar una característica más del tratamiento adolescente. Como hemos descrito (capítulo II) debido al incremento de los impulsos sobre el Yo se da una regresión en la capacidad simbólica que se manifiesta en una reducción del pensamiento abstracto y una mayor cantidad de descarga en *acting-out*. Sin embargo, creemos que debemos interpretar el *acting-out* adolescente de una manera muy cuidadosa y considerarlo muchas veces como una *forma de comunicación* y un mecanismo protector de la integración del *self*. Como lo menciona Anastasopoulos (1988) la falta de habilidad para integrar y digerir las experiencias dolorosas, causa una regresión parcial que afecta la formación simbólica. Esta regresión de lo depresivo a lo esquizo-paranoide promueve la escisión y la dificultad para formar símbolos, dando lugar a la formación de protosímbolos (símbolos concretos y somáticos), aunque algunas áreas permanezcan intactas y con capacidad para el pensamiento abstracto. Visto de esta manera, el *acting-out* tiene una función

de desarrollo paralela a las fases de desarrollo del pensamiento simbólico, e incluso algunos autores prefieren denominarla *actuación* (Goijman, 1988) otorgándole una connotación positiva a esta forma de comunicación adolescente.

Como si se tratara de una forma de aprendizaje a través del ensayo-error en la *actuación*, más que en el pensamiento, el/la joven irá distinguiendo entre fantasía y realidad. Tendrá una función de soporte y preparación que le permitirá mantenerse integrado. Es el ambiente el que le concede esta licencia, o *moratoria psicosocial* (Erickson, 1966) que en la terapia se manifiesta a través de la creación de un espacio de contención y requiere una participación especial del analista. El espacio externo le permitirá ir creando las condiciones para el despliegue de un espacio mental. Se trataría de una *puesta en escena* (Goijman, 1988) de un fragmento de su vida psíquica que no puede ser convocado por medio de asociaciones verbales. Así como el juego es central en la infancia como tentativa de dominio de las experiencias vividas y de aprehensión de significados, en la adolescencia las *historias* (de contenido edípico, erótico, etcétera) y las *actuaciones* mostrarán fragmentos de deseos reprimidos, experiencias traumáticas o mitos personales. La transferencia estará más cerca de obtener un enlace a palabras y significaciones que operan esta modificación estructural, esta posibilidad de subjetivización. Como hemos mencionado se trataría de la creación de un *espacio de juego* que a la manera del vínculo madre-bebé de la infancia, posibilita el desarrollo de capacidades intrapsíquicas creativas y la transformación de los aspectos negativos y destructivos.

Rodolfo (2005) menciona que el espacio terapéutico con un/una adolescente es el espacio de *multiplicación de las paradojas*, que pone repetidamente a prueba la aptitud del analista para acompañarlo/la. Más que *darle* algo y que el/la adolescente *reciba*, se trataría de *acompañarlo, de sostener y tolerar las paradojas (pp.133)*. No se trata de adoctrinarlo con interpretaciones que solo refuerzan una complementariedad fálica. Se trata de acompañarlo en el camino de sus paradojas, en las que por un lado se vuelve desafiante y por otro dependiente; por un lado, reprocha lo viejo y caduco, por otro se torna moralista frente a la sexualidad de sus padres; por un lado demanda cercanía, por otro se margina buscando sentirse real; por un lado se vuelve transgresor, por otro muestra un manejo dogmático y omnipotente de sus creencias como si fueran certezas. Asimismo, sus relaciones son gobernadas por demandas que *tienen* que ser satisfechas, ya que de lo contrario se sienten ajenos, sin pertenencia. Una última paradoja que suele presentarse se refiere a la utilización de defensas maníacas frente al dolor y la pérdida tendiendo a la negación y la desmentida. En este sentido es que considera Rodolfo (2005), que debemos *despatologizar estas*

reacciones paradójales y considerarlas que cumplen una función estructurante mucho más amplia (pp. 136).

Nos advierte también este autor que esto no quiere decir que se deba “comprender demasiado”, asumiendo una actitud pasiva, sino más bien confrontar al adolescente mediante una *presencia viva*. Se trataría de construir algo *entre*, designando así lo transicional, la zona de juego. Se trata de un *holding*, en el sentido de ofrecer un lugar, un nuevo objeto y mantenerlo en el tiempo.

Finalmente, es Jessica Benjamin quien en un artículo reciente sobre técnica (2007) nos hace pensar en un aspecto central del vínculo analítico. Se refiere a los momentos de quiebre y restablecimiento de la conexión empática como parte del proceso mediante el cual paciente y analista encuentran un ritmo de acomodación mutua. Al igual que lo sucedido en el vínculo primario, estas disociaciones (en el sentido de destrucciones y sobrevivencias, rupturas y reparaciones) del conocimiento especular deben considerarse un problema intrínseco al trabajo analítico y no un fracaso. Explica Benjamín que en tanto las emociones perturbadoras aparecen como *enactments* (op. cit. pp. 6) más que como simbolizaciones, analista y paciente entran en un proceso de disociación mutua. Frente a estas formas de comunicación, la escucha del analista tenderá a variar tratando de restablecer la conexión. La denomina “*tercero primordia*” y la considera una escucha basada en la empatía y sintonía, como se dio en la experiencia temprana de intercambio rítmico o musical de gestos entre el cuidador y el bebé. Esta escucha se alternará con otra más elaborada basada en la narrativa y que denomina “*tercero simbólico*”. Recordamos aquí los planteamientos sobre la *Jorá Semiótica*, las *experiencias de interioridad* o la *matriz sensorial-afectiva* conformadas por fuerzas pulsionales en movimiento placentero, continuo pero a la vez reglamentado, en la que fue constituyéndose los primeros significados (Kristeva, 1980; Alizade, 1999, 92,91; Irigaray 1988 y Montrelay, 1980). Estas primeras experiencias de intercambio con otro, a través de su capacidad de contención, favorecen la inscripción psíquica de la plenitud en la experiencia fusional que, articulada con formas de comunicación simbólica y verbal, se repite en el vínculo analítico. Su alternancia y articulación es considerada aquí como fundamental para la construcción de una narrativa común de la experiencia que permita desarrollar el proceso de *reconocimiento mutuo*. Es aquí donde se establece el espacio intersubjetivo, se fortalecen las diferencias, se afirman las identificaciones y se desarrolla la capacidad de estar en desacuerdo sin romper los lazos de comunión. Esta es una visión alternativa que promueve la separación con conexión a través de la contención. Podemos imaginar la importancia de la tolerancia de las fracturas y del

restablecimiento de la conexión en el sostenimiento del vínculo paradójico entre una analista y su paciente adolescente mujer, ambas reconociéndose, ambas cercanas y a la vez distintas.



CAPÍTULO IV

Reflexiones finales acerca del reconocimiento en el vínculo y el espacio compartido

Nuestro interés en este trabajo ha sido integrar temas de teoría de la técnica referidos al vínculo transferencial entre la analista-mujer y la paciente adolescente-mujer a la luz de los aportes del psicoanálisis contemporáneo. De manera especial nos centramos en los aspectos de separación con conexión considerándolos centrales en la estructuración de la individuación femenina. Para ello tomamos las propuestas vigentes sobre la construcción de la subjetividad en la mujer, buscando el sentido de los debates centrales planteados a lo largo de la historia. Hemos recogido algunas de las objeciones hechas a Freud y que generaron las conocidas controversias en la historia de este pensamiento, y asumimos su visión bifocal o tensión mente/cuerpo para entender la estructuración del psiquismo, dualidad que intentamos mantener en los distintos enfoques epistemológicos que hemos ido tomando en nuestro trabajo. Esta perspectiva sitúa el estudio dentro de sus componentes básicos: la dependencia pulsión-objeto en una matriz relacional; considera además la importancia del vínculo afectivo y relacional para la construcción de la subjetividad y su repercusión en el campo clínico.

Al tratarse nuestro estudio de una etapa específica del ciclo vital, como la adolescencia, tomamos algunos aportes de teóricos y clínicos que consideran esta fase del desarrollo como una estructura psíquica abierta con movilidad paradójica que posibilita cambios y transformaciones intrapsíquicas para la estructuración de un *self* flexible, integrado y siempre anclado en lo somático.

De manera particular tomamos los aportes de la Escuela Intersubjetiva en la comprensión del trabajo clínico. Específicamente relevamos la visión intrapsíquica e intersubjetiva que Benjamin propone. Nos apoyamos en sus reflexiones sobre los procesos de separación-individuación al introducir la concepción de *circularidad* como alternativa a la visión lineal del desarrollo, que busca alcanzar la autonomía reconociendo las necesidades del otro y afirmando al mismo tiempo las propias. En esta línea de entendimiento, la madre es vista como sujeto y objeto para ser usada a favor de la individuación. La separación no sería algo que lograr sino una oscilación permanente entre un *self-con-la madre* y un *self-versus-la madre*, coexistiendo integradamente.

En nuestro trabajo clínico encontramos que específicamente en relación con el tema de separación e individuación, el sostenimiento de esta tensión entre el

reconocimiento del otro y la afirmación de necesidades puede permitirnos superar resquebrajamientos y perturbaciones que la paciente repite en su patrón de relaciones transferenciales ayudándola de este modo a reconstruir un proceso interrumpido, despertar el advenimiento de un sujeto diferenciado y reiniciar su crecimiento. Diferenciarse no sería un proceso que hay que hacer *contra* el otro, tomando distancia de él sino algo que se puede hacer *con* el otro. El *nosotros* (categoría intrapsíquica estructurante durante la adolescencia) puede ser usado en el vínculo analítico. Permite replantear una relación especular estructurante, ser reconocido en la alteridad de vínculo analítico, como búsqueda de afirmación del sí-mismo. Es la posibilidad de reconocimiento de la diferencia en el encuentro del otro como tal.

Particularmente en el caso del vínculo analítico entre una analista y una adolescente nos ha interesado subrayar los aportes de Holtzman y Kulish (2000b) quienes insisten en la necesidad de considerar los temas de separación que aparecen en la terapia como relaciones objetales triádicas más que diádicas. No necesariamente se trataría de fantasías regresivas y pre-edípicas sino parte de la experiencia de triangulación y desarrollo. En este punto una visión lineal del desarrollo tiende a considerar los temas de separación como conflictos relacionales más primarios y no como parte de las pasiones edípicas. La pasión y sexualidad suelen estar relegadas a un ámbito secreto del *self*. Para manejarlas se tiende a compartimentalizar las representaciones intrapsíquicas en un *self* sexual y otro no sexual. Esta compartimentalización primaria es defensiva y se da para mantener el lazo con la madre mientras que se ingresa a una relación erotizada con el padre. Las fantasías conscientes e inconscientes mostrarán este complejo de “formaciones de compromiso” que sirven a funciones estructurales múltiples (Dahl, 1995). Por esta razón es que estas fantasías son tan resaltantes en la vida de las mujeres y no necesariamente implican que la mujer abandone el vínculo con la madre. Estas experiencias serán empleadas intrapsíquicamente al servicio de la diferenciación estructural y de la integración del *self*, elaboración que nunca llega a ser completada del todo. Incluso Dahl (1995) afirma que es como si la marca de la organización psíquica femenina residiera en la capacidad de permitirse estas continuas reverberaciones - dentro de sí misma - del vínculo con la madre como en un continuo diálogo con ella.

De esta manera los distintos temores ante la pérdida y separación son vistos aquí como entrelazados con la unión, y no se pueden separar artificialmente. El temor a la pérdida del objeto y de su amor usualmente es adjudicado a una etapa pre-edípica, mientras que el temor a la castración se considera como edípico. Esta articulación es

una diferencia de género importante y se da en las niñas ya que el objeto de deseo y el objeto de cuidado primario coinciden: tiene que separarse y desea juntarse. La continua revisitación, reexaminación y resintetización de las representaciones *self-con-la-madre* y del *self-versus-la-madre* va permitiendo elaboraciones cada vez más sofisticadas de uno mismo en relación con otros y distinto de otros. De esta manera puede resultar más útil reconocer que la cercanía fundamental entre madre e hija es multidimensional, de crecimiento del *self* y litigosa desde el principio (Bernstein, 2004). El conflicto es de amor y odio hacia un otro muy necesitado.

Trabajar la transferencia materna implicará entonces tomar en cuenta esta forma de comunicación y de relación. La ambivalencia hacia la figura materna aparece desde muy temprano en el desarrollo. Más que temer la fusión, la niña temería ser sobrepasada por el poder de la madre y por la dolorosa agresión que surge en ambas cuando las dos están molestas. La niña buscará la reconciliación más que la unión, y aprenderá a negociar sus deseos en el contexto de facilitaciones y restricciones que la guía de su madre le ofrece.

Por otro lado, es importante considerar lo que sucede en la mente de la madre en estos momentos de separación. Los aportes de Benjamin (1995) nos permitieron mirar esta experiencia desde el ángulo de la *mutualidad* más que de la *complementariedad*, ya que enfrenta al niño con las metas independientes del otro. El poder y la omnipotencia ya no es transferido de uno a otro sino disuelto. Esta paradoja del reconocimiento no se resuelve sino que subsiste como una tensión entre la autoafirmación y el reconocimiento.

Asimismo, esta perspectiva intersubjetiva nos facilitó enfatizar el papel del padre como central en el proceso de diferenciación. En los anatómicamente diferentes habría la posibilidad de encontrar similitudes como seres humanos. Cada objeto de amor supone múltiples semejanzas y diferencias, de femenino y masculino. El padre para la niña sería otro similar con el cual reconocerse. Al igual que él, ella puede ser un sujeto deseante. La *identificación* por lo tanto, desempeña un papel clave en el amor y el deseo. Consideramos que trascender la visión complementaria de los géneros por esta visión de la *multiplicidad de identificaciones* forjadas desde los vínculos tempranos, nos aporta categorías más flexibles, múltiples y accesibles (Mantilla; 2006). La adolescencia por sus características peculiares centradas en la diferenciación y en lo paradójal se convierte en el espacio natural -espacio potencial- que facilita la revisión y la reorganización de categorías en esquemas más flexibles, múltiples y accesibles para un *self* más integrado.

En tanto que nuestra investigación buscó la aplicación teórica en la práctica clínica, podemos imaginar cómo este privilegio del *cuidado maternal primario* en el pensamiento psicoanalítico trajo consigo modificaciones considerables en la técnica y en la visión del proceso terapéutico (Raphael-Leff, 1997), las mismas que enfatizarán tanto la separación y los límites (freudianos contemporáneos), como la relevancia de lo intrapsíquico (kleinianos), o bien la preponderancia del intercambio relacional bidireccional (independientes). Asimismo, el vínculo analítico estudiado trataba sujetos del mismo género, por lo que prestamos atención a las metáforas culturales y a la influencia que ejerce sobre la analista la idiosincrasia particular de cada paciente y que se manifiesta en su manera de presentarse, su tono de voz, sus silencios, sus particulares connotaciones semánticas tanto como sus comunicaciones no-verbales, sus representaciones sobre la sexualidad, su cuerpo y su género. De otro lado, la analista es también uno ser delineado culturalmente, sesgado por su inconsciente e imposibilitado de alcanzar una total neutralidad. Es decir, ambos sujetos están expuestos a sus propios inconscientes, pero es el manejo de la contratransferencia por parte del analista la herramienta de mayor utilidad en el análisis. No debe sorprendernos que estos temas tiendan a aparecer en primer plano en aquellos que trabajan con un marco teórico de Relaciones Objetales, ya que le otorgan prioridad al intercambio intersubjetivo y a los procesos dialécticos originados en el encuentro íntimo entre individuos sexuados.

Es importante considerar las dificultades en el manejo transferencial que se presentarán en el vínculo dual entre una analista y su paciente, una joven adolescente, debido a la particularidad de tratarse de dos mentes y cuerpos semejantes reviviendo aspectos de maternidad primaria, intensificada por el incremento pulsional del cambio en el cuerpo sexual. Asimismo si consideramos la naturaleza paradójica del desarrollo y la mutualidad en la experiencia podemos pensar la relación analista-paciente (reedición del vínculo madre-hija) como dos relaciones simultáneas: el vínculo antiguo (dual) que perdura, mientras que uno nuevo más diferenciado (triádico) aparece.

Para terminar, quisiéramos resaltar algunas características propias del vínculo transferencial en la díada analista/adolescente, mujeres ambas, así como ciertas recomendaciones sugeridas por los especialistas mencionados:

- El vínculo analítico entre analista y paciente del mismo género facilita una identificación con la imago materna primitiva y puede explorarse más vívidamente en la transferencia. Su intensidad puede llevar a impasses ya que el “como-si” necesario para la alianza terapéutica se pierde y la paciente tiende a vivirlo como una fusión real

con la madre (Perelberg, 1997). Coincidiendo con esta apreciación Kulish y Holtzman (Holtzman & Kulish 2000b, Kulish & Holtzman, 2003) subrayan la importancia de reconsiderar los temas de *separación* y analizarlos a la luz de la triangulación edípica, evitando tomarlos exclusivamente como pre-edípicos, ya que pueden convertirse en un punto ciego perdiéndose efectividad en el *insight* y el cambio.

- En la analista podemos observar una sobreidentificación y sobreprotección maternal, así como también defensas contra la homosexualidad, la transferencia paterna, la competitividad y la regresión prolongada. La sobreidentificación y sobreprotección suelen ser expresión del énfasis en los aspectos maternos; la negación del erotismo, de las dificultades frente al manejo del Edipo negativo y la tendencia a la sobrevaloración de lo intelectual/profesional, una posible negación de aspectos de competencia y rivalidad en el vínculo entre mujeres.

- Muchas veces se idealiza el vínculo o la imagen de la analista, escindiendo los aspectos hostiles y el resentimiento, que son proyectados fuera del vínculo en vez de ser analizados. Puede existir la fantasía de “nosotras lo vamos a hacer mejor”. Es interesante considerar la observación de Bernardez (1987, citado en Kulish y Holtzman, 2003) sobre los estereotipos compartidos y los roles sociales sobre el género que operan silenciosamente e influyen generando actitudes inconscientes y prejuicios en las analistas hacia sus pacientes. Las denomina “contratransferencia cultural”.

- Person (1985) nos advierte que estos aspectos en la transferencia suelen presentarse como una búsqueda de las pacientes de un *modelo de rol* en su analista. Explícitamente buscan una mujer competente y fuerte con la cual identificarse positivamente. Nos advierte esta autora que satisfacer esta demanda implicaría una cura transferencial que dejaría sin analizar elementos complejos de su identidad. Sugiere que se trataría de ayudar a la paciente a buscar sus modelos identificatorios en la realidad externa a través de la desidealización de la imagen que le adjudica a la analista y la elaboración de los temas de competencia, envidia, rivalidad y homosexualidad.

- En relación con la adquisición del nuevo cuerpo sexual, es interesante destacar las observaciones de M.E. Laufer (1997) sobre la relevancia de revivir en la transferencia la crisis que tuvo lugar en la pubertad al enfrentarse al cambio corporal. La función de reconstrucción analítica será la de poner a la joven en contacto con sus afectos ante estos cambios y a través de la transferencia/contratransferencia ayudarla a comprender qué ocurrió en esa crisis y por qué tomó esa forma determinada.

- En algunos casos, se podrá encontrar que en la lucha por alejarse y separarse de sus madres muchas veces se incluyen síntomas corporales. Perelberg (1997) subraya que estos síntomas representan un intento de tener un cuerpo y un sentido del *self* separado de ellas. Es decir, mostrarían un aspecto de la relación con la madre que no ha sido adecuadamente internalizado: la madre como protectora contra las propias fantasías destructivas de la hija. Estos síntomas representarían una solución frente al conflicto entre el “anhelo por” y el “temor a” la fusión con la madre. Serían intentos de atacar pensamientos, sentimientos y deseos, que por definición ocurren en la mente a través del cuerpo. Entre otros síntomas, suelen encontrarse anorexias, colitis ulcerosas, vértigo, asma, eczemas o estados de ansiedad como insomnio y molestias gástricas.

- En cuanto a la técnica específica frente al manejo de la transferencia, Rodolfo (2005) subraya la importancia de *despatologizar las reacciones paradójales y considerarlas que cumplen una función estructurante mucho más amplia* (pp.136). Más que *darle* algo y que el/la adolescente *reciba*, se trataría de *acompañarlo, de sostener y tolerar las paradojas* (pp.133). Se trataría de una *puesta en escena* (Goijman, 1988) de un fragmento de su vida psíquica que no puede ser convocado por medio de asociaciones verbales. La transferencia estará más cerca de obtener un enlace a palabras y significaciones que operan esta modificación estructural, esta posibilidad de subjetivización. Pensemos aquí en las características mencionadas que tomarán en el vínculo analítico, analista/adolescente mujeres, la revivencia en la transferencia de la crisis puberal frente al cambio corporal y la relevancia de la función de reconstrucción analítica. Se trataría entonces de facilitar en la transferencia la representación de este cuerpo no sólo a través de una imagen armónica y estética, sino a través de un cuerpo en acción, que escenifica pero que se esfuerza por representarse.

- Consideramos que en el vínculo terapéutico con la adolescente tendrá que replicar el espacio de mutualidad y reconocimiento necesario para la individuación, permitiéndole una alternancia entre los sentimientos de amor y odio, actividad-pasividad y masculinidad-feminidad que faciliten la integración del *self*. Parafraseando a Ogden, diríamos que el éxito de la analista mujer en jugar su rol femenino dependerá de su facilidad para intercambiar identificaciones de femenino a masculino, si es que quiere ser mediadora en la heterosexualidad de su paciente. Es decir, debe estar cómoda y permitirse el “*interjuego dialéctico*” entre sus identidades (en Burch, pp.477).

- La posibilidad de vivir en la relación transferencial estas alternancias de roles e identificaciones favorece la mutualidad en el reconocimiento del otro y el establecimiento de la diferenciación de uno mismo. En el sentido de Winnicott se

facilitaría también la creación de un *espacio de juego entre* paciente y analista, creativo y transicional. La implementación de la analista de aspectos de su contratransferencia ligados con sus propias dificultades de separación en su vínculo con su madre, así como sus dificultades de renuncia al narcisismo omnipotente durante su adolescencia y tal vez como madre, facilitan la experiencia de reconocimiento del otro adolescente en este momento de desarrollo.

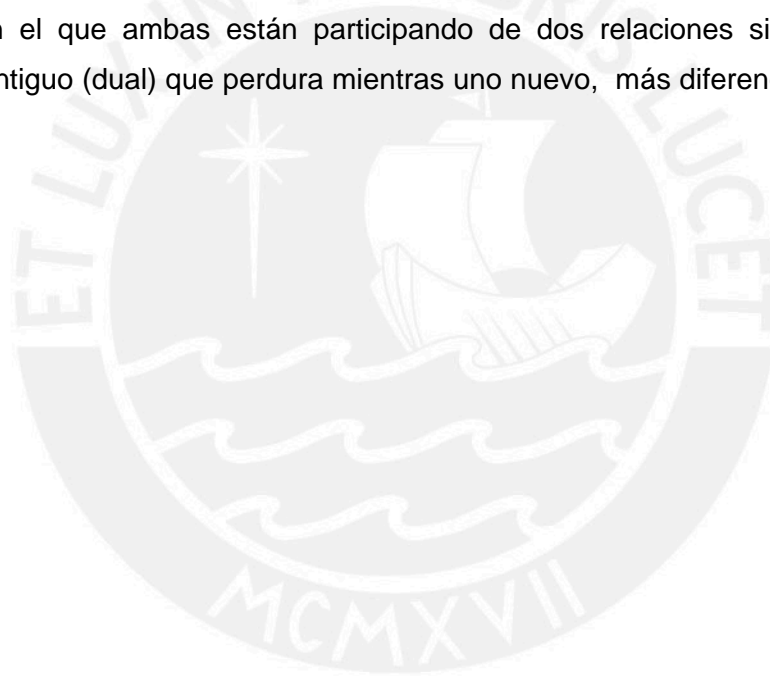
Una vez más volvemos a la importancia de enfatizar la multiplicidad de identificaciones y la experiencia de mutualidad mencionadas por la perspectiva intersubjetiva. Al trascender la visión de la complementariedad de los géneros por el de la multiplicidad de identificaciones forjada desde los vínculos más tempranos, se subraya la importancia de la re-actualización de estos aspectos en la adolescencia. Etapa que además, por sus características de cambio y movimientos paradójales, se beneficia con esta comprensión del desarrollo y facilita la construcción de una identidad genérica más fluida y flexible. Así se van elaborando visiones cada vez más sofisticadas de uno mismo en relación con otros y distinto de otros.

Finalmente consideramos que este trabajo podría llevarnos a preguntas sobre las manifestaciones sociales de los adolescentes que están cambiando en la sociedad peruana como son la utilización de los medios de comunicación (*Internet, Messenger*, celulares, etcétera), modas (*piercing, tatuajes*), horarios (inversión de horarios, extensión de los mismos), lugares (discotecas y bares de Asia), actividades (“previos”), entre otros, y que movilizan de distinta manera a los adultos, en este caso la analista.

CONCLUSIONES

- La visión circular de los procesos de separación-conexión en la adolescente facilita la afirmación sí misma a la vez que el reconocimiento del otro. Se aspira a la coexistencia integrada de un *self-con-la madre* y un *self-versus-la madre* en una oscilación permanente. En el vínculo analítico analista-mujer / paciente adolescente-mujer el sostenimiento de esta tensión permite superar resquebrajamientos y perturbaciones que la joven repite en la transferencia. Se replantea una relación especular estructurante facilitando la posibilidad de ser reconocida en la alteridad del vínculo analítico.
- La elaboración de la transferencia materna en esta diada se facilita si se consideran los temas de separación como relaciones objetales triádicas, edípicas y no solo regresivas y diádicas. El vínculo madre-hija es multidimensional y ambivalente desde el principio. Las representaciones del *self* sexual y no sexual se manifiestan mediante formaciones de compromiso y son constantemente revisitadas y resintetizadas.
- La consideración del género y su respectiva influencia en la transferencia analista/paciente mujer puede incidir en una sobreidentificación y sobreprotección maternal; en defensas contra la homosexualidad, la transferencia paterna, la competitividad y la regresión prolongada. Asimismo, pueden escindirse los aspectos hostiles y el resentimiento, proyectarlos en el afuera e idealizar el vínculo en vez de analizarlo. La capacidad de la analista para tolerar la multiplicidad de identificaciones y la alternancia de roles entre masculino/femenino en la transferencia facilita la revisión y la reorganización del *self* en una identidad más flexible, múltiple e integrada. Es decir, la analista debe permitirse el “*interjuego dialéctico*” entre sus identidades.
- En cuanto a la técnica específica frente al manejo de la transferencia, suscribimos la importancia de despatologizar las reacciones paradójales, considerarlas que cumplen una función estructurante y acompañar a la joven en la puesta en escena de fragmentos de su vida psíquica que no pueden ser convocados por medio de asociaciones verbales. Se presentarán quiebres y restablecimientos de la conexión empática cuya alternancia y articulación se da entre formas de escucha basadas en la empatía y sintonización y otras más elaboradas y simbólicas. De esta manera se va construyendo un ritmo de acomodación mutua y una narrativa común que facilita el establecimiento del espacio intersubjetivo.

- Es particularmente importante considerar la revivencia en la transferencia de la crisis puberal frente al cambio corporal. Se tratará de facilitar la representación de este cuerpo no sólo a través de una imagen armónica estética sino a través de un cuerpo en acción, que escenifica y se esfuerza por representarse. La reconstrucción analítica buscará poner a la joven en contacto con sus afectos ante estos cambios y ayudarla a comprender qué ocurrió en esa crisis y por qué tomó esa forma determinada.
- El vínculo terapéutico con la adolescente replicará la mutualidad y el reconocimiento; será un espacio de juego entre paciente y analista, creativo y transicional que alternará entre sentimientos de amor/odio; actividad/pasividad y masculinidad/feminidad. De esta manera se reeditarán el vínculo madre-hija en uno nuevo en el que ambas están participando de dos relaciones simultáneas, un vínculo antiguo (dual) que perdura mientras uno nuevo, más diferenciado (triádico) aparece.



Referencias

- Abadi, S. (1996). *Transiciones*. Buenos Aires: Lurren.
- Anastasopoulos, D. (1988) Actuación en la adolescencia en términos de regresión en la formación de símbolos. En: *International Journal of Psychoanalysis*; 15: 177
- Alizade, A. (1991). *El final del complejo de Edipo en la mujer (de la duplicidad a la individuación)*, [En línea]. Recuperado el 9 de Febrero 2006 de: <http://www.psicomundo.com/foros/genero/Edipo.html>.
- Alizade, A (1992a). *Las series ecuacionales simbólicas en el devenir de una mujer*. Conferencia del 30vo Symposium de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Congreso Interno "50 años creando con Freud en APA. Buenos Aires, Asociación Psicoanalítica Argentina.
- Alizade, A. (1992b). *La sensualidad femenina*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Alizade, A. (1999). El sustrato sensual-afectivo y la estructuración psíquica. *Sensualidad y afectos*. En: *Revista de Psicoanálisis*, LVI(3), pp. 579-590
- Benjamin, J. (1995). *Sujetos iguales, objetos de amor. Ensayo sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamin, J. (1998) Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamin, J. (2007). Escuchando Juntos: Aspectos Intersubjetivos de pérdida y recuperación del reconocimiento en el proceso psicoanalítico. En: *Revista Chilena de Psicoanálisis*, 24(1), pp. 6-18.
- Bernstein, P. (2004). Mothers and daughters from today's psychoanalytic perspective. *Psychoanalytic Inquiry*, 24(5), pp. 601-628. Recuperado el 30 de junio de 2007, de ProQuest Journals database.
- Bion, W.R. (1967) *Second Thoughts*. Londres: William Heinemann Medical Books Ltd.
- Blos, P. (1971). *Psicoanálisis de la Adolescencia*. México: Editorial Joaquín Mortiz.
- Blos, P. (1983). La contribución del psicoanálisis a la psicoterapia de adolescentes. En: *Adolescentes: Temas Psicoanalíticos* (pp.43-66). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Blos, P. (2003). *La transición adolescente*. Buenos Aires: Amorrortu (versión original, 1979)
- Blos, P. (2003) *Los comienzos de la adolescencia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Breen, D. (1993). *The Gender Conundrum. Contemporary Psychoanalytic Perspectives on Femininity and Masculinity*. (pp. 1-39). Londres: Routledge
- Burch, B. (1996). Between Women. The mother-daughter romance and homoerotic transference in psychotherapy. En: *Psychoanalytic Psychology* 1, pp.475-494.
- Cahill (2005): His brain, her brain [El cerebro de él, el cerebro de ella]. En: *Scientific American*, 292 (5): pp. 40-47.
- Cardó, M. (2006). *La relación primaria con la madre y la feminidad: A propósito del mito de Deméter y Perséfone*. Tesis para optar el grado de Magíster en Estudios Teóricos de Psicoanálisis. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Chasseguet-Smirguel, J. (1959). Freud and female sexuality. En: *International Journal of Psychoanalysis*.57, 275-87.
- Chasseguet-Smirguel, J. (1999). *La sexualidad femenina*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Chodorow, N. (1978). *The reproduction of mothering*. California: University of California Press.
- Chodorow, N. (1999). *El poder de los sentimientos*. Buenos Aires: Paidós.
- Dahl, E. (1989). Daughters and mothers—Oedipal aspects of the witch-mother. En: *Psychoanalytic Study of the Child* 44, pp. 267-280.
- Dahl, E. (1995). Daughters and mothers: aspects of the representational world during adolescence. *Psychoanalytic Study of the Child* 50, pp. 187-204.
- Erickson, E. (1976) *Infancia y Sociedad*. Argentina: Hormés.

- Fonagy, Peter. (1996a) Jugando con la realidad – I. Teoría de la mente y el desarrollo normal de la realidad psíquica. Libro Anual de Psicoanálisis. 1996: tomo XII, p. 11-26.
- Fonagy, Peter (1996b). Jugando con la realidad – II. El desarrollo de la realidad psíquica desde una perspectiva teórica.1 Libro Anual de Psicoanálisis. 1996: tomo XII, p. 65-85.
- Freud, A. (1980). *El yo y los mecanismos de defensa*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1905). Tres Ensayos para una Teoría Sexual. En: L. López-Ballesteros y de Torres (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 4, pp. 1169-1237). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1908) Teorías sexuales infantiles. EN: L. López-Ballesteros y de Toddos (Traduc.), *obras Completas: Sigmund Freud* (vol. IV, pp1262-1271). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1914a) Introducción al Naricisimo En: L. López-Ballesteros y de Torres (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 6, pp. 2017-2033). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1914b) Historia del Movimiento Psicoanalítico. En: L. López-Ballesteros y de Torres (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 5, pp.1895-1930). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1920) Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En: L. López-Ballesteros y de Torres (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 8, pp.2545-2561). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas. En: L. López-Ballesteros y de Torres (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 8, pp. 2896-2903). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1931). Sobre la Femenidad. En: L. López-Ballesteros y de Torres (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 8, pp. 3077-3089). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1933-32). La feminidad. En: L. López-Ballesteros y de Torres (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 8, pp. 3164-3178). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Furman, E. (1996). On motherhood. En: *Journal of the American Psychoanalytical Association* 44 (Supp.), pp. 429-447.
- Gilligan, C. (1982). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Goijman, L. (1988) Asociación libre, juego y actuación en el Psicoanálisis del Adolescente. En: *APA Tomo 45, No. 6, pp.1241-1254*
- Green, A. (1994). Punto de vista del psicoanálisis con niños y adolescentes. En: *Psicoanálisis con niños y adolescentes*, 4, 74-89.
- Holtzman, D. & Kulish, N. (2000a). Perséfone, la pérdida de la virginidad y el complejo de Edipo femenino. En: *Libro Anual de Psicoanálisis*. 14, 59-73. (Original en inglés, 1998).
- Holtzman, D. & Kulish, N. (2000b). The feminization of the female Oedipal complex, Part I. A reconsideration of the significance of separation issues. *Journal of the American Psychoanalytical Association* 48 (4), 1413-1437.
- Holtzman, D. & Kulish, N. (2003). The feminization of the female oedipal complex. Part II: Agression Reconsidered. *Journal of the American Psychoanalytical Association* 51, 1127-1151.
- Homero (2001) *Himnos Homéricos*. Traducción de Dora Bazán de Devoto. Lima: PUCP; Editorial Desa.
- Horney, K. (1924) On the genesis of the castration complex in woman. En: *International Journal of Psychoanalysis*, V, pp.50-65
- Horney, K. (1976) *Psicología Femenina*. Buenos Aires, Editorial Psique.
- Irigaray, L. (1988). *Woman Analyze Woman*, Editoras: E.H. Baruch y L.J. Serrano. New York; New York University Press.

- Jones, E. (1927) El Desarrollo Temprano de la Sexualidad Femenina. En: *Psicoanálisis y Sexualidad Femenina*. Buenos Aires; Ed. Hormé
- Katan, A. (1951). The role of "Displacement" in agoraphobia. En: *International Journal of Psychoanalysis*, 32:41, pp. 32-41
- Klein, M. (1930). La importancia de la formación de los símbolos en el desarrollo del Yo. En: H. Friedenthal. et.al. (Traduc.) *Obras Completas*. (vol. 1, pp. 224-237). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Klein, M. (1945) El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas. En: H. Friedenthal. et.al (Traduc.). *Obras Completas*. (vol. 1, pp. 372-421). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Klein, M. (1957). Envidia y Gratitud. En: H. Friedenthal. et.al. (Traduc.) *Obras Completas*. (vol. 3, pp. 181-240). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Kleeman (1976). Freud's views on early female sexuality in the Light of direct child observation. En: *Journal of the American Psychoanalytic Association*. 24:3-29
- Kohut, H. (1971) Análisis del Self. Argentina: Editorial Amorrortu
- Kristeva, J. (1980). *Desire in Language. A semiotic approach to literature and art*. Nueva York: Columbia Press.
- Kristeva, J. (1988) *Los poderes de la perversión*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Kristeva, J. (1997) *El Sol Negro. Depresión y melancolía*. Caracas: Monte Avila.
- Kristeva, J. (2000) *El genio femenino 2. Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós.
- Kulish, D.& Holtzman, N. (2003) Countertransference and the female triangular situation En: *International Journal of Psychoanalysis* 84(3), pp. 563-577.
- Levin de Said, A. (2004). *El sostén del ser*. Buenos Aires: Paidós.
- Laufer, M. E. (1997). Interferencias en la mudanza de la adolescencia a la adultez: el desarrollo de la mujer. En: *Adolescent Breakdown and Beyond*. Londres: Karnac Books.
- Laufer, M. (1997). *Adolescent Breakdown and Beyond*. Londres: Karnac Books.
- Laufer, M. & Laufer, M. E (1984). *Adolescence and developmental breakdown*. Londres: Yale University Press.
- Mahler, M. (1975) *El nacimiento Psicológico del infante humano. Simbiosis e individuación*. Buenos Aires; Marymar ediciones.
- Meltzer, D. y Harris, M. (1998). *Adolescentes*. Buenos Aires: Spatia editorial.
- Mantilla, C. (2006) Sobre Benjamin. Trabajo personal no publicado. Post Grado de Filosofía. Lima:PUCP
- Mendoza, J. (2005) Trazos hacia el dibujo de la subjetividad femenina: De Winnicott a Benjamin. En: *La Maternidad y sus vicisitudes hoy*. Editoras: C.R. Zelaya, J. Mendoza y E. Soto de Dupuy. Lima; Fondo Editorial Sidea. Publicado en 2006.
- Monserrat, J. (2001) Engramas neuronales y teoría de la mente. En: *Pensamiento, Revista de información e investigación filosófica*, 57(218), pp. 177-211.
- Montrelay, M. (1990) Inquiry into Femininity. En: *Essential papers on The Psychology of Women; Editado por Claudia Zanardi; New York; New York University Press*.
- Nemirovsky, C. (2007). Psicoanálisis relacional e intersubjetivo. En: *Winnicott y Kohut, Nuevas Perspectivas en Psicoanálisis, Psicoterapia y Psiquiatría*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Perelberg R. (1997).The Primitive tie to the mother and its manifestations in the transference and countertransference. En: *J. Raphael-Leff y R. Perelberg. Female Experience*. Londres:Routledge.
- Person, E. y Ovesey, L. (1983). Psychoanalytic Theories of Gender Identity. En: Person, E. (Ed.) (1999). *The Sexual Century*. Nueva York: Yale University.
- Person, E. (1985) The Erotic Transference in Women and Men: Differences and Consequences. En: *The Sexual Century*. Nueva York: Yale University.
- Palazzini, L. (2006) Movilidad, encierros, errancias: avatares del devenir adolescente. En: M. Rother Horstein (Comp.) *Adolescencias: trayectorias turbulentas. Parte II: La turbulencia: tránsito hacia la complejidad*. Buenos Aires: Paidós.

- Stoller, R. (1976a). Primary Femininity. En: *Journal of the American Psychoanalytical Association*, 24 (suppl.): 59-78
- Stoller, R. (1976b). *Perversion: The erotic form of hatred*. Inglaterra: The Harvester Press Limited.
- Quiroga, S.E. (1998). *Adolescencia: Del Goce Orgánico al hallazgo del Objeto*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Raphael-Leff, J. (1997). *Female Experience*. Londres: Routledge.
- Riviere, J. (1967). La feminidad como mascarada. En: *Psicoanálisis y Desviaciones sexuales*. Buenos Aires: Ed. Hormé.
- Rodulfo, R. (2004). *El psicoanálisis de nuevo*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Rodulfo, R. (2005). *Estudios clínicos. Del significativo al pictograma a través de la práctica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodulfo, R. (2006). Vida, no vida, muerte: dejando la niñez. Preludio y fuga en Tres voces. En: M. Rother Horstein (Comp.), *Adolescencias: trayectorias turbulentas* (pp.99-116). Buenos Aires: Paidós.
- Rother Horstein, M. (2006). Entre desencantos, apremios e ilusiones: barajar y dar de nuevo. En: *Adolescencias: trayectorias turbulentas* (pp.117-136). Buenos Aires: Paidós.
- Stern, D. (1985). *El Mundo Interpersonal del Infante. Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Tubert, S. (1982). *La muerte y lo imaginario en la adolescencia*. Madrid: Saltés.
- Tubert, S. (1988). *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*. Madrid: El Arquero.
- Welldon, E. (1988). *Madre, madona, puta. La idealización y denigración de la maternidad*. Madrid: Siglo XXI
- Welldon, E. (1994). *Sexualidad y prejuicio*. Lima: Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- Winnicott, D.W. (1956). Fragmentos concernientes a algunas variedades de confusión clínica. En: *Exploraciones Psicoanalíticas I*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1958). *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona: Laia.